

Cuentos
para
ESCUELA
de
PADRES

Un examen de conciencia para profesores

¿CÓMO VIVEN LOS ALUMNOS SU FRACASO?

— Leticia Dotras —

Normalmente hablamos del niño fracasado señalando siempre su vagancia, su falta de interés, su poca ilusión, su falta de objetivos y, como suma de todo ello, unos resultados académicos negativos. Pero, ¿hemos hecho alguna vez examen de conciencia, como hacía, llena de humildad, una joven profesora intentando saber qué era lo que ella hacía mal, cuál era su fallo, cuando llegaban a COU los mismos alumnos que había tenido en 1º de BUP y su preparación dejaba mucho que desear?

Realmente es muy cómodo limitarnos a señalar con el dedo sus fracasos, a sentirnos en posesión de la verdad por el simple hecho de ser adultos, sin ayudarles a buscar objetivos, a animarlos y tratar de aplaudir siempre sus éxitos, por pequeños que a nosotros nos parezcan (tal vez, muchas veces, ni se nos ocurre pensar que un niño fracasado pueda tener algún éxito). ¿Nos hemos esforzado a que se sientan seguros, apoyados, motivados o quizá pensemos que no merece la pena porque, total, no son capaces de nada?

En no pocas ocasiones nos resulta más fácil amenazar y cazar en la falta, a darles confianza, aunque pensemos que no son merecedores de ella, pero, ¿nos hemos preocupado por saber qué sienten, cómo viven su fracaso?

Puede ser que todo empiece a mejorar si en lugar de descalificar, calificamos; si, en lugar de devaluar, valoramos y sobre todo si siempre confiamos, pues todos hemos empezado a mejorar cuando alguien se ha fijado en nosotros.



Si ya lo decíamos nosotros...

Tato es un niño como los demás, al menos eso siempre pensó él. Va a empezar el colegio por primera vez. Está muy contento, el abuelo le ha explicado que allí aprenderá muchas cosas nuevas. Ya no es un parvulito.

El pelo de Tato es negro, brillante y tan rizado, que su cabeza parece un racimo apretado de uvas tintas. Sus ojos negros también, donde le brillan unas chispitas, que vienen de lo más profundo de ellos. Tiene unas cejas altas, levantadas, atentas, en una interrogación continua. La verdad es que Tato es así, pregunta sin descanso, los porqués, el cuándo, el cómo. Siempre va más lejos de lo que uno puede esperar para un niño de su edad, resultando en muchas ocasiones exasperante, hace perder la paciencia a cualquiera de su casa, excepto la del abuelo.

Tato y el abuelo se entienden, se atienden, se escuchan, se sienten, se comprenden, y sobre todo se quieren. Tato es feliz al lado del abuelo.

—Abuelo, en el colegio somos muchos niños.

—¿Y qué te ha parecido?

—Creo que va a ser divertido. Hay niños muy divertidos a los que les gusta jugar al fútbol, a mí, ya sabes que no es lo que más me gusta, pero ¿tú crees que encontraré algún amigo que le guste jugar a descifrar las nubes como a mí o a observar a los gorriones cuidando sus crías? Me parece que voy a tener muchos amigos con los que poder hablar de tantas cosas como contigo.

—¡Claro que encontrarás algún amigo con quien lo puedas hacer! —contestó el abuelo intentando poner cierto entusiasmo, pero poco convencido de sus palabras—.

Poco a poco irás conociéndolo a fondo y entablarás una verdadera amistad.

El lenguaje de Tato es muy rico y su vocabulario propio de una persona adulta; por esta razón, el abuelo sabía que iba a ser difícil que Tato se encontrara cómodo en el colegio.

Así iba pasando el curso, y Tato cada vez se aburría más. Los otros niños preguntaban siempre las mismas cosas. —¡Es que no se enteran!— pensaba Tato desesperado—. Siempre están haciendo las mismas preguntas, ¿no se aburrirán? Y Tato se fue desilusionando poco a poco, ya ni siquiera se desesperaba, había perdido todo interés por aquello que se hacía en clase. Quien en realidad se aburría era él.

En el cole leían libros, pero, ¡iban tan lentos! que, cuando los terminaban, Tato, que había aprendido a leer él solo, ya lo había leído cuatro veces. También estudiaban música, pero Tato ya se sabía de memoria lo que era un pentagrama, conocía todas las notas con sus valores. El abuelo le había enseñado solfeo. Pero lo que en realidad le entusiasmaba era oír música con el abuelo, sentirla, meterse dentro de ella leyendo a notar como su pelo, a pesar de lo ensortijado que lo tenía, se le ponía de punta. En el colegio oían poca música y machacaban las notas sin parar todos los días.

Los profesores empezaron a desesperarse, ondeas continuamente quejas de Tato:

- ¡Tato, atiende!
- ¡Tato, baja de las nubes!
- ¡Tato, no interrumpas!
- ¡Tato, no preguntes tanto!
- ¡Tato, no seas desobediente!
- ¡Tato, sigue las normas!
- ¡Tato, te he pescado!
- ¡Tato, has sido tú!
- Tato... Tato... Tato...

Y Tato pasó a ser un niño solitario, despistado, meditabundo, crítico e insatisfecho consigo mismo. En una palabra: Tato no era feliz. También en casa solía oír las mismas quejas, salvo por parte del abuelo:

- Tato atiende a lo que haces.
- Tato, ahora no me interrumpas con preguntas impertinentes.
- Tato, obedece.
- Tato, apaga la luz, no leas más.
- Tato... Tato... Tato...

Un día el abuelo murió. Tato se sintió completamente solo para siempre.

—¡Que niño más raro y más tonto es este Tato!— Decían en el colegio. Así, no llegará nunca a nada, así no llegará muy lejos.

Cuando una mañana la señorita de la clase pidió algo que realmente divirtió a todos, incluso Tato cogió rápidamente sus lápices para hacer el trabajo que les habían mandado.

—Hoy quiero que hagáis un dibujo en el que diga cómo os sentís por dentro cuando hacéis eso que vais a dibujar.

Alicia, una niña de trenzas gordas y ojos grandes, dibujó una niña saltando a la cuerda, pues ella era feliz cuando lo hacía. Cristina, esa niña de voz muy fina y que todo lo hacía bien, dibujó una casa, explicando que era la casa de la abuela, a la que le gustaba mucho visitar. Pablo, un niño inquieto al que le gustaba ponerse el abrigo como una capa y correr mucho dejando que el viento se lo levantara, dibujó a Superan. Pablo siempre era Superan en todos los juegos. El dibujo de Tato era algo muy moderno, se podía decir que recordaba a Miró. En una esquina inferior del papel había un punto negro, minúsculo, después, todo el papel lo llenaban cantidad de trazos de colores fuertes vibrantes, con luz y con mucho movimiento.

—¡No te da vergüenza!— Le dijo la profesora antes de que Tato pudiera explicar el porqué de su dibujo—. Ni siquiera un niño de dos años haría unos garabatos así. ¿Tanto te cuesta hacer una casita como la de Cristina? Realmente eres desesperante y nunca saldrá nada bueno de tí. **TODO LO HACES MAL.**

Tato no pudo explicar el sentimiento de soledad que había en aquel dibujo. El, representado en aquel punto negro, rodeado por un mundo lleno de vibraciones, de vida, de sentimientos, que a él, ni siquiera le rozaban.

—¡Este chico es un desastre! ¡No sé donde llegará!, pero, desde luego, así, no creo que llegue muy lejos.—Comentaban, entre ellos, todos los profesores del colegio.

De manera que Tato se encerró en casa entre sus libros y en su soledad. También en casa oía quejas:

—¡Hijo, desde que murió el abuelo, no hay quien te entienda! Anda, sal a aireaste un poco que en casa no hay quien te aguante, eres como un castigo.

De vez en cuando salía a dar un paseo y buscaba, entre la chatarra y viejos electrodomésticos, todo aquello que pudiera servirle para construir un raro artilugio que pensaba utilizar para andar por tierra, navegar por el agua, e incluso a veces, para volar raso. Y un buen día, puso en marcha su artilugio y desapareció.

Nadie lo echó de menos.

Al poco tiempo Tato aparecía en todos los medios de comunicación: la radio, la televisión, la prensa. Se hablaba de su inteligencia, su afición por la lectura, su capacidad para el trabajo, su energía para resolver las cuestiones que se le planteasen, y su sensibilidad con la naturaleza.

Tato había encontrado a alguien como el abuelo, alguien que lo comprendía, alguien que había confiado en él. Tato había encontrado amor.

Sus antiguos profesores comentaban:

—¡Si ya lo decíamos nosotros: ¡Este niño llegará muy lejos!

Cuando escribí este cuento, jugué con cada uno de los miembros de mi casa a darles el cuento hasta el nudo; quería que cada uno me dijera su final. No hubo ningún final igual al mío. Todos lo solucionaron sin que Tato se fuera de casa. Mi final no les gustó, quizá porque la realidad duela en muchas ocasiones. (N.A.)



—ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES—

- 1.— Lectura del cuento y puesta en común. ¿Qué sentimiento ha dejado en tí? Señala qué frases o qué situaciones el cuento han despertado ese o esos sentimientos.
- 2.— Leer el cuento sólo hasta el punto en el que Tato hace su dibujo en el colegio. Buscar diferentes finales. Razonaros.
- 3.— Hacer una lista entre todos de que significado tiene la palabra fracaso para cada uno. Tratar de definirlo sólo con una o dos palabras.
- 4.— Una vez que entre todos se buscó el significado de la palabra fracaso, buscar los porqués de ese fracaso. Sólo con frases cortas y muy concretas.
- 5.— Representar una pequeña obra con tres tipos de personajes: la familia de Tato, los profesores de Tato, y uno o varios personajes que intentan convencerlos de otra forma de tratar a Tato.

Lecturas recomendadas para una Escuela de Padres para tratar el tema de niños insatisfechos consigo mismos, fracasados, solitarios y "difíciles" para la convivencia y cómo pueden llegar su autorealización.



1. LA LUNA, DOÑA SOLEDAD Y SU GATO (SIEMPRE ALGUIEN NOS ECHA DE MENOS)

Autor: Escrivá, Viví.
Editorial: Edelvives. (Colección: Ala Delta)
Edad: A partir de los 5 años.

La luna se sintió sola y aburrida y decidió cambiar de vida. Encontró una amiga, Doña Soledad, que le enseña muchas cosas, además de hacer punto. Las dos aprenden que lo que hacen no es tan aburrido y la luna descubrirá que todos la quieren y la echan de menos.

Relato escrito con letra manuscrita cuando habla la luna. Tierno y poético, con muy buena ilustración ajustada al texto.



2. LOS HABITANTES DEL LLANO TEJANO (CONTENTOS DE SER QUIENES SON)

Autor: Murciano, Calos
Editorial: S.M. (Colección El Barco de Vapor)
Edad: De 6 a 8 años.

Un día los habitantes de Llano Tejano deciden reunirse para que Hada Callada les resuelva su problema: ninguno está contento con ser lo que es. La divertida solución de Hada Callada hace que todos terminen felices ¿cuál será?

Agil, rápida y los personajes con unos nombres llenos de humor. Una historia bien contada y secuenciada con alegres y divertidas ilustraciones.



3. PIRULETA (NUNCA TUVO "MEJOR AMIGO")

Autor: Nöstlinger, Cristina.
Editorial: Alfaguara.
Edad: De 8 a 10 años.

Piruleta no estaba contento con su nombre, era una tontería que él tuviera nombre de rey: Victor Manuel, por eso decidió cambiárselo por Piruleta.

Las piruletas verdes eran algo muy importante en su vida, una vez chupadas y muy transparentes, se las pone en los ojos

y tienen un poder especial, mirando a través de ellas se consigue lo que a uno le conviene.

Como siempre esta autora aborda un tema con problemas de la vida real, pero lo hace sin dramatismo, con rasgos de humor y en un tono desenfadado que convierten el libro en una lectura amena y entretenida.



4. RAQUEL (MAMA ME TIENE TIERRIA POR EL MERO HECHO DE CRECER)

Autor: Simó, Isabel-Clara.
Editorial Alba.
Edad: A partir de 14 años.

Raquel es una chica de COU. Buena estudiante, inteligente, sensible y voluntariosa, pero su familia no le gusta, tampoco se gusta a si misma. Se siente sola y la muerte de su íntima amiga aumenta su soledad. Con unos valores diferentes a los de su familia y sus amigos, que le llevan a llenarse de preguntas y que le ayudan a madurar.

Escrito en forma de diario, ameno, ágil, y con el lenguaje que utilizan los jóvenes de hoy.

Una obra realista en la que la protagonista va analizando los hechos que se van sucediendo, primero con una carga de intransigencia, inseguridad e idealismo y después, conforme va madurando, se va haciendo más comprensiva, más humana pero menos idealista.

Es una buena obra para un libro-forum en una Escuela de Padres.



5. ELVIS KARLSSON (NACISTE POR MIS PECADOS)

Autor: Gripe, María.
Editorial: Alfaguara.
Edad: A partir de 10 años.

Elvis, un niño como hay muchos, aunque nos parezca imposible, al que su madre no le quiere y su padre está decepcionado porque no sabe jugar al futbol como lo hacía él cuando era niño. Todo esto aumenta su soledad, su malestar, pensando todos que es un niño raro y difícil. Solamente la comprensión de su abuelo y de Peter, un joven que se hace amigo suyo, alivian su soledad.

Tema muy bien tratado. Una historia para todas las edades que ayudará a comprender mejor a este tipo de niños.



6. EL REY SOLITO (APRENDIO A VIVIR SOLO)

Autor: Estrada, Carlos.
Editorial: S.M. (Colección El Barco de Vapor)
Edad: A partir de 5 años.

¡Que sólo se quedó el rey Solito! Todos se fueron de su reino. Pero gracias a su juego y a una amiga todo volvió a ser como antes.

¿Cual era ese juego del rey Solito?

Cuento ingenioso y con divertidas ilustraciones que enriquecen el texto.